

José Miguel Martínez

CERES

minotauro

LA GARGANTA DE OCCATOR



Kroeber

La cosmonave se había estrellado justo en la entrada de la mina, a pocos metros del rail en construcción. Minutos antes la había visto como un cernícalo metálico, con propulsores de fuego azul y rojo, cayendo lenta, parsimoniosamente, en espiral, con una trayectoria parecida a la que tendría un avión de papel rasgado, fuera de control. El impacto no alcanzó a afectar el rail, porque fue a dar más cerca del enorme túnel semicircular que daba paso a nuestra bendición o perdición, según como se viera: la garganta de Occator, una boca oscura y colosal que, en pocos segundos, terminó por tragarse a la cosmonave en picada. Heinlein fue el primero en aparecer. Lo vi emergiendo de su asentamiento, avanzando con cuatro soldados armados, dos a cada lado —todos con el mameluco espacial rojizo de la RHMC—, sermoneando a no sé quién (lo sé porque iba con la boca abierta y el casco empañado). Yo todavía no había terminado de calzarme el mameluco, y si bien había pensado en ir acompañado por tan solo dos soldados, dado un posible encuentro con *gorakis*, no me quedó más que igualar en fuerza a Heinlein, y ordené a cuatro de mis subalternos que se prepararan para salir.

—¿Armados, mi comandante? —dijo uno.

—Hasta los dientes —respondí, dirigiéndome a la exclusiva, sin esperarlos.

Heinlein

Le había ganado la partida al viejo Kroeber, ese zorro pomposo y honorable. Fue como una patada en la base del estómago, la intuición: lo supe apenas vi esa luz a lo lejos, todavía una estrella brillante, violácea, y no una cosmonave en colisión. Fue en ese momento cuando empecé a colocarme el traje. Les ordené a los cuatro soldados más experimentados que tenía a mano que me siguieran, y mientras emergíamos de las instalaciones me fijé que Kroeber ya había empezado a calzarse —sin quitarme la vista de encima— el mameluco azul y desabrido de la MAC, disponiéndose a salir a la superficie. *No esta vez*, exclamé en voz alta, cosa que evidentemente él no oyó, pero no me importaba; fuera lo que fuera que trajera esa cosmonave, me pertenecía. Eran pocos los que solían transitar en estas coordenadas y, por lo mismo, les grité a los soldados que me acompañaban: *Autómatas endebles, holgazanes de mierda, ¡de prisa!*, pero a pesar de mi reprimenda igual los iba dejando a la zaga fácilmente, no obstante la diferencia de edad y sobre todo de estado físico.

—¡Espérenos, mi comodoro! —exclamó uno de ellos, el más débil, cuya voz afectada rechinó en el parlante de mi casco.

—Mueve el culo, maricón —lo regañé, sin aminorar el paso.

Xxxxx

Abrí los ojos y me encontré con la mirada azul de una cara regordeta, escrutándome por detrás del sudor de su casco empañado. No había alcanzado a eyectar, y lo cierto es que debía estar muerto, pero solo había sufrido una contusión en algún punto de la cabeza, porque un hilo de sangre me

oscurecía la visión en el ojo derecho. Mi casco y mi traje estaban intactos, las astillas de vidrio apenas los habían rozado, no había fugas de oxígeno en ningún lado, pero la nave estaba despedazada; había quedado completamente inutilizable. El tipo que me miraba, esto lo noté después de desabrocharme el cinturón, era un hombre mofletudo de piel rosa y barba pajiza, que venía acompañado por cuatro soldados, todos armados con rifles piroclásticos, todos oscurecidos por los focos resplandecientes que provenían del arco halógeno que enmarcaba este inmenso túnel, que había terminado por atravesar dejando a mi cosmonave destruida. Hora de trabajar, pensé, y me levanté del asiento, no sin sentir un leve mareo; descendí de un salto, sorteando los rescoldos metálicos todavía ardientes, producto de mi estrepitosa caída. Apenas toqué el suelo los soldados me apuntaron con sus rifles: yo no tenía intención de empezar una pelea, al menos no todavía, así que puse las manos en alto y, después de recibir un empujón poco amistoso por parte del líder del grupo, dejé que los soldados, a punta de pistola, me guiaran hacia su campamento.

Kroeber

Vi a un tipo de mameluco negro, sin ninguna insignia distintiva. No pertenecía ni a la MAC ni a la RHMC; pensé que a lo mejor se trataría de una tercera empresa rival. Pero no: tal vez la explicación más sencilla sería que se trataba de un accidente desafortunado, y que se aclararía en cuanto el extranjero se sentara a conversar con Heinlein. De todos modos, me acerqué a examinarlo a una distancia prudente, porque entendía que Heinlein había dado con él primero, y yo respetaba eso. Y si bien en un comienzo había salido de la garganta de Occator con las manos en alto, no tardó

en bajarlas y caminar solapada, teatralmente, con una cojera casi actuada, yo diría, como mostrándose más vulnerable de lo que era en realidad. Detrás de él, además del fondo oscuro que era la garganta —se veía como la boca triste de un rostro deforme, esbozado en el gigantesco muro vertical del cráter—, Heinlein y sus soldados no dejaban de apuntar los rifles a su espalda, sutilmente encorvada. Cuando pasó cerca de mí, creí ver una sonrisa mordaz en sus labios, como si la ojeadada que me echó estuviera cargada de una cualidad curiosa, casi divertida. Yo lo miré seriamente, buscando captar sus rasgos: tenía el pelo largo, un poco enmarañado, el rostro horadado por una barba desaliñada de tres o cuatro días, además de una cicatriz que atravesaba verticalmente la ceja derecha como una cruz, por donde bajaba un hilo de sangre hasta el mentón. Cuando pasó de largo en dirección al asentamiento de la RHMC, ese detestable domo rojo de acero y vidrio que se alzaba al otro lado del rail en construcción —obra que, financiada por ambas empresas, separaba virtual y metafóricamente los dos asentamientos—, me encontré cara a cara con Heinlein: venía sonriendo, pero a diferencia del extranjero, la suya era una expresión ácida, burlona. Con un golpe del índice en su casco empañado, me indicó que ajustara la frecuencia de audio de mi casco.

—Alfred —lo oí saludándome por mi nombre de pila después de algunos segundos de estática, acompañados por un cáustico movimiento de cabeza.

—Theodore —le respondí con tono endurecido, sin ironía, pero también sin ningún cariño ni cordialidad.

Heinlein

¡Cómo te quedó el ojo, Kroeber! Conozco tu lado competitivo, lo he visto durante el año que llevo en esta roca muerta

y congelada intentando alcanzar el hielo. Noté también, no creas que no me di cuenta, cómo se te arrugaba el bigote de envidia cuando te saludé, y cuando viste cómo el prisionero se dirigía a nuestro asentamiento rojo, más grande y moderno que tu caserío de cajitas azuladas. El prisionero, aunque sereno, también se veía impresionado —era inevitable, cualquiera lo estaría—, sobre todo cuando pasamos al lado de los camiones tolva y las máquinas excavadoras, bestias formidables que dormían apaciblemente esperando el término de las obras del rail para ponerse en acción, y entramos por la exclusiva del domo, donde nos sacamos los mamelucos espaciales. Cuál fue mi sorpresa cuando, no sin un dejo de asco, vi al prisionero sacándose el traje negro y descubriendo un brazo —el derecho— completamente robotizado. Mis soldados también reaccionaron espantados: ese tipo de prácticas antinaturales eran lo último en medicina cibernética, y tenía entendido que, al menos en nuestro Marte natal, solamente las aplicaba el Ejército como un tratamiento experimental ante heridas de guerra irremediables, es decir, que muy pocas personas tenían acceso a ese tipo de operaciones. Esto me daba una noción del posible origen del prisionero, pero no una certeza.

—Llévenlo a mi oficina —les dije a dos soldados.

Minutos después nos encontrábamos en una habitación semicircular contenida en el domo mayor, esfera transparente de quince metros de altura, emplazada hacia el rail que tapaba el asentamiento azul de la MAC, y que, aun más importante, poseía una vista privilegiada hacia la garganta de Occator, el objeto de nuestro deseo. El prisionero, sentado frente a mí con las manos esposadas descansando sobre su regazo, se encontraba a un metro de distancia: tan solo nos separaba la mesa de granito rojo que era mi escritorio. No había pronunciado palabra alguna desde que ingresamos

al domo. Dejé a dos soldados de pie, apostados a un costado de la puerta metálica a mis espaldas, mientras el doctor Egan, un jovencito considerado genio por el directorio de la compañía, pero bastante excéntrico para mi propio gusto, le curaba la ceja cortada, que ya había dejado de sangrar. Al mismo tiempo que zurcía la herida, Egan no dejaba de echarle vistazos excitados y furtivos al brazo metalizado del prisionero, con una fascinación que me repugnaba.

—Retírese, doctor —le dije.

—Sí, mi comodoro.

Abriendo un cajón del escritorio, saqué mis cigarros negros; esto pareció llamar su atención, porque si bien tenía una expresión inescrutable, sus ojos, escondidos bajo oscuras ojeras producto de la contusión, y sin que la cara se le moviera siquiera una pulgada, se desviaron hacia la cajetilla.

—¿Tabaco de Fobos? —le pregunté, acercándole uno a la cara.

Xxxxx

Cogí el cigarro con mi mano cibernética, que me permitía mayor movilidad que la orgánica, limitada de movimiento por las esposas excesivamente apretadas que me provocaban un roce molesto cada vez que movía las muñecas. El tipo extendió un encendedor metálico rojo —todo en esta base era rojo, como dejando en claro a qué planeta representaban— con una insignia cincelada con las siglas RHMC; yo acerqué el cigarro a la lengua de fuego. Le di una primera calada: de inmediato sentí, además de un rasponazo en el pescuezo seco de mi garganta, cómo mis músculos se aflojaban y las esposas se sentían menos opresivas. Asentí en señal de agradecimiento.

—¿Y? —dijo el gordo—. ¿No va a decirme su nombre?

Negué con la cabeza.

—Tengo que llamarlo de algún modo —dijo—. ¿Qué le parece —sonrió perversamente— si le digo “Manco”?

Le di una calada profunda al pucho y exhalé, sintiendo cómo el humo salía de la caverna pastosa que era el interior de mi boca. Sonreí.

—Mucha gente me dice así —dije.

—Bien. Manco entonces. ¿Cómo fue que llegó aquí?

—Usted vio cómo. Mi cosmonave se estrelló.

—¿Y qué hacía sobrevolando nuestra órbita?

No le respondí.

—Nadie se aventura por estos lados sin tener los permisos adecuados —insistió.

—Lo mío fue un accidente —dije.

—¿Qué clase de accidente?

—Un desperfecto en el motor.

Entonces hizo una mueca porcina, arrugando la nariz, escrutándome con la mirada.

—Qué conveniente —agregó.

Como no vi cenicero alguno, dejé caer la ceniza encima de su escritorio. Fue un experimento: quería ver cómo reaccionaba. Probablemente le pareció ofensivo, porque sus ojos se expandieron y su piel enrojeció un poco más de lo normal. Por supuesto, me hice el desentendido, y sin darle chance, le pregunté:

—¿Por qué dice que es conveniente?

El gordo se pasó un pañuelo húmedo por las mejillas coloradas.

—¿Acaso no ha oído hablar de Ceres antes? —dijo.

Me encogí de hombros. Él soltó una risotada.

—¿Pero en qué planeta del sistema solar vive usted?

Hice un gesto difuso con la mano cibernética que todavía sostenía, oprimido firmemente entre el anular y el dedo medio, el pucho a medio fumar.

—Por ahí —le respondí.

—Un hombre escueto, ¿eh, Manco? —y dejando pasar unos segundos, como perdiendo la esperanza de que le respondiera, continuó—. Ceres es el asteroide más grande del cinturón de rocas que hay de aquí a Júpiter, y ciertamente el más cotizado por cientos de corporaciones de Marte y la Tierra. ¿Sabe usted por qué?

—Ni idea —le dije, apenas abriendo mis labios resecos.

El gordinflón abrió otro cajón de su pesado escritorio y sacó dos vasos metálicos. Con un chasquido de dedos, le indicó a uno de los guardias a sus espaldas que trajera algo: el guardia depositó sobre el escritorio una botella de cristal con un líquido límpido, transparente, libre de cualquier tipo de colorante. Sirvió los dos vasos y me acercó uno.

—Beba —ordenó (su tono era así: autoritario y burlón al mismo tiempo). Le hice caso, tratando de no verme demasiado urgido al dejar caer el pucho en el suelo plateado y llevarme el vaso a la boca. La lengua fue lo primero que sintió el golpe dulce del agua helada, humectando su superficie áspera, inundando el túnel marchito de mi garganta. Sentí un alivio inmediato que me produjo ganas de llorar. Por supuesto no lo hice: cuando después del éxtasis provocado por el contacto con el agua dejé el vaso en el escritorio, noté que el gordo me observaba con una expresión depravada en su rostro, como disfrutando mi indudable desesperación por saciar el ardor de la sed.

—Es el hielo, Manco —dijo, extendiendo un brazo hacia la boca oscura donde se había estrellado mi cosmonave—, el hielo que hay debajo de la corteza de polvo de Ceres.

—Ustedes —dije cuidadosamente— son una empresa minera de Marte, ¿no?

El gordo, que se había quedado mirando con un gesto ausente la entrada de la mina, volvió su mirada hacia mí.

—Veo que el agua le soltó la lengua —dijo. Ambos sonreímos, cada uno por su propia secreta razón, que seguramente no compartíamos—. Así es, Manco, somos la Red Hill Mining Company, y estamos en la carrera hídrica por ser los primeros en explotar el hielo de este asteroide. Nunca antes alguien lo había pisado, somos los pioneros.

—¿Y los de allá? —pregunté, indicando con mi dedo metálico al asentamiento azulado por detrás del rail en construcción, donde dos gigantescas grúas espaciales movían de un lado a otro las vigas metálicas que conformarían el puente que, una vez ensamblado, llevaría las tolvas hacia la mina—. ¿Son de la Tierra?

El gordo asintió.

—Son la Mining Asteroid Corporation. ¿Conoce usted el negocio de las minas?

—Por ahora no —respondí, y deslizando mi vaso hacia la botella de agua, con ambas manos todavía restringidas por las esposas, le dije—: pero planeo hacerlo.

Él se puso serio, de pronto, y como no dijo nada, aproveché de preguntarle:

—Dígame... ¿soy su prisionero o qué?

—Eso va a depender de usted.

—¿En qué sentido?

—¿Tiene alguna habilidad que ofrecer a la compañía?

—Tengo varias —dije, sonriendo—, pero debo advertirle: no cobro barato, y me gusta que me paguen apenas cumplo con un encargo. No obstante, antes de que entremos en negocios, necesito que me diga cómo debo referirme a usted.

—Comodoro —dijo él—. Llámeme comodoro Heinlein. Aquí le agregan el “mi” antes del título; formalidades de los empleados de seguridad, quienes comparten un lenguaje militar que, a mi gusto personal, no debería persistir en la empresa privada.

—¡No me diga! —exclamé—. Me alegro mucho de conocerlo, *mi* comodoro.

—No sea zalamero, Manco —dijo, evidentemente complacido por mi comentario.

—Y mire lo que son las cosas —hice un gesto con el mentón hacia el vaso, indicándole si podía servirme un poco más de agua—. La Red Hill Mining Company aquí, la Mining Asteroid Corporation allá. Y yo, el manco, estrellándome justo en medio de las dos.

Kroeber

Apenas entraron en el asentamiento de la RHMC, decidí ir a investigar a la garganta de Occator. Fue un error amateur dejar los restos de la cosmonave allí tirados. Envié dos soldados a la vanguardia, con linternas infrarrojas en sus rifles piroclásticos, en caso de que hubiera presencias indeseables, aunque lo cierto es que, a esa hora, en que todavía recibíamos los frágiles rayos del sol sobre la superficie del cráter, un combate era muy poco probable. Ingresé con dos más en la retaguardia: las luces del arco de entrada iluminaban con su habitual tonalidad fría a la colosal concavidad, resaltando su calidad cavernosa de textura escarpada, entre múltiples líneas quebradizas y piedras filosas en forma de colmillos. La cosmonave seguía allí: sus alas se habían desprendido y la punta, parecida al pico de un ave, había quedado atravesada por una estalactita gigante de piedra gris, por donde

ascendía una humareda negra que daba cuenta de la inexorable muerte del motor.

—¿Encontraron alguna información? —le pregunté a la sargento Vari, líder del pelotón.

—No, mi comandante.

—¿Y los archivos del sistema de navegación?

—Se los llevaron, mi comandante.

Asentí, y evitando los escombros metálicos, me asomé hacia la cabina. No vi nada de interés: el asiento beige de polímero blando estaba hecho trizas, como chamuscado por el fuego, y las puertas abolladas no presentaban ningún tipo de símbolo o ícono que me revelara la más mínima información sobre la identidad o el origen del piloto estrellado. Lo que sí noté es que era un milagro que hubiera sobrevivido al impacto.

—Díganle al jefe de mecánicos que venga con su equipo a buscar los restos de la cosmonave. Quiero que desmantele e investigue la tecnología del motor.

—Pero, mi comandante —dijo Vari—, esa nave, aunque destruida, es propiedad privada.

—Puede ser —le respondí—, pero cayó en nuestra mina. Si el extranjero la quiere, que venga a reclamarla al asentamiento de la MAC.

Heinlein

El manco se veía cómodo, a sus anchas, habiendo saciado su sed después de casi un litro de agua. Bien: así lo quería. Bajando la guardia. No había percibido en él ningún dejo de sabiduría, pero sí una forma de agudeza —¿cómo decirlo?— disparatada: me daba la impresión de ser un tiro al aire, una bala loca. Transmitía una sensación de caos inminente debajo de su fachada juguetona. No: podría engañar a quien

quisiera, podría llegar a engañar a un crédulo como Kroeber, pero a mí no me engañaría.

—Haré buen uso de sus servicios, Manco —le dije, y dirigiéndome a Keno, el jefe de la guardia, agregué—: díles a dos de tus soldados que lo acompañen. Quiero que le den la ropa y herramientas adecuadas para el trabajo que tiene que hacer.

—Sí, mi comodoro.

El manco se puso de pie y con su repugnante mano metálica, acompañado de una sonrisa majadera, me hizo un gesto exagerado, frívolo, llevándose los dedos a la frente a modo de jocosos saludo militar. Exasperado, le indiqué:

—Ya le dije que no somos una organización militar. Solo hay gente que tiene el entrenamiento, pero esto es una compañía minera. Aquí también viven familias, civiles.

—Lo sé, mi comodoro, lo sé —respondió—. Pero, al fin y al cabo, todos somos mercenarios.

—Yo no lo llamaría de esa forma —le advertí. Él no dijo nada y, guiñándome el ojo, salió de mi oficina seguido por dos soldados. Keno, que se había quedado de pie, mirando a un costado del escritorio, preguntó:

—¿Confía en él, mi comodoro?

—Por supuesto que no. Pero tengo la impresión de que tendrá su utilidad. Primero necesito averiguar de qué es capaz cuando está relajado; ya veremos de qué es capaz actuando bajo presión.

Manco

Me entregaron dos uniformes: uno escandalosamente rojo, con las insignias de la compañía en cada prenda, y otro azul, genérico, de mecánico, probablemente robado, que era el que iba necesitar para mi primer encargo. Me pasaron además

una mochila —una caja de polímero endurecido, color negro, con dos cintas en los extremos—: al abrirla me encontré con un taladro, un martillo, alicates y llaves varias. Mientras era escoltado por dos soldados, me fijé en que el gran domo, a pesar de la sensación que entregaba por fuera, era bastante cerrado en su interior: múltiples pasillos, cada diez metros, lo atravesaban de lado a lado, como si fuera un laberinto ortogonal de acero rojo. Los soldados me acompañaron hasta la esclusa donde, después de calzarme el mameluco y el casco, me dejaron ir.

—Nos vemos, muchachos —les dije, y ellos me quedaron mirando con el ceño fruncido, evidentemente molestos por todas las facilidades que Heinlein me había proporcionado con tanta desenvoltura, y tal vez contrariados por mi brazo cibernético. Afuera, a pesar del hermetismo del traje, me golpeó el vacío helado de la superficie, provocándome un castaño involuntario de dientes. Probablemente seguía un poco conmocionado por el accidente, pero no tenía tiempo de detenerme: esta era una oportunidad que no se presentaría dos veces. Mientras avanzaba hacia el rail me fijé en una retroexcavadora que, a lo lejos, se dirigía hacia el asentamiento de la MAC cargando en su enorme pala los restos de mi cosmonave. Esto me llamó la atención, pero no me detuve a cavilar: seguí caminando hacia el rail, esa estructura admirable, de gruesos pilares metálicos que sostenían un carril magnético a casi veinte metros de altura. Cuando estuve a unos pocos metros de distancia, busqué con la vista un pasaje ensombrecido hacia el otro asentamiento. Entonces se me vino a la cabeza una imagen parpadeante que había vislumbrado hacía una hora, cuando mi cosmonave caía en picada a la boca de la mina. Era una vista aérea, como un mapa improvisado de los asentamientos: primero vi el cráter, una hondura monumental con un punto blanco

brillando en su centro, y hacia la derecha, cerca del muro oriental, percibí un par de manchas de colores, una azul y la otra roja, divididas por una línea plateada, que era el rail en construcción. La mancha azul se iba haciendo más y más nítida —y no sé por qué me fijé en ella y no en la roja; tal vez porque esta última era más monótona, más circular, más uniforme—, transformándose en un tablero de cajitas azules repartidas aquí y allá; justo en medio de esta suerte de corral para animales, segundos antes de la colisión, mi vista azarosa alcanzó a distinguir el taller donde la MAC guardaba sus vehículos de minería. Ese sería mi destino.

El centro del cráter estaba a algunos kilómetros: avancé en esa dirección por el lado de la RHMC, buscando alcanzar el punto más lejano, donde comenzaba la obra del rail. Media hora después llegué a una enorme plataforma de carga. Se veían algunos hombres y mujeres por ahí, cada uno vistiendo el mameluco rojo o azul, separados por su respectiva jurisdicción corporativa; una línea dividía imaginariamente la plataforma. Los trabajadores movían cajas, cargaban tolvas, algunos operaban grúas. No me acerqué a ellos; crucé por detrás del último pilar del rail, cuyo diámetro debía ser de al menos cinco metros (la estructura, pero también el escenario del cráter, me hacían sentir como un insecto en un mundo de gigantes). Avancé evitando a los trabajadores, y entonces comenzaron a aparecer tímidos bloques metálicos que debían ser los dormitorios de la colonia. Pronto llegué al asentamiento central: una enorme refinería de concreto azul, la cual fui bordeando hasta alcanzar el taller de vehículos. Había un solo guardia, apostado en una caseta azul al otro extremo del corral: me escabullí por entre los camiones y tolvas, y eligiendo un camión cualquiera, me puse manos a la obra. En la media hora que estuve trabajando, alcancé a sabotear tres máquinas. Luego guardé las herramientas en la